

Por una humanización de la escuela, del trabajo y de la profesión

PEDRO ORTEGA CAMPOS

0. INTRODUCCION: ¿HUMANIZAR, QUE?

Humanizar la escuela. ¿Qué se entiende por humanización? ¿No es la escuela una institución de hombres? ¿Y cómo puede estar deshumanizado lo que es hechura humana? ¿Es que puede el hombre no ser humano? Pero, ¿qué o quiénes están deshumanizados en la escuela? ¿Los profesores? ¿Los alumnos? ¿Los padres? ¿Las relaciones entrambos? Demasiadas preguntas para una época que no se prodiga en cuestiones: sólo quedan las interjecciones. En nuestro tiempo, preguntar es de *naïf*, pensar es de retrasados, proyectar es de suicidas, como ser honrado pareciera del género bobo.

Pero ya entiendo. Humanizar la escuela, o el Ministerio de Educación, o la familia, o el mundo laboral, o el ejército, o la calle, etc., significa elevarnos sobre las cosas humanas. ¿Para ello? Elevarlos a la categoría de sentido.

1. LA CATEGORIA DE «SENTIDO»

Sentido es igual a orientación y finalidad...

1.1. «Sentido» significa caminar a un lugar para un cometido. Humanizar la escuela es elevarla a la categoría de sentido; aupar *lo que* está

rebajado radical e idealmente; es orientar *lo que* está desbrujulado; aclarar las razones-fines-motivos embarrados de *lo que* el hombre hace. Impregnar la vida de significado, ponerle ante un horizonte abierto donde el por qué y el para qué quedan colmados y aplauden al caminante, no sólo por su llegada, sino también por su caminar.

Sentido es igual a relación comunicativa

1.2. Pero, ¿qué es ese lo que? Pues es la relación comunicativa del hombre consigo mismo (consciencia) y del hombre con su exterioridad, el «otro» o lo otro, es decir, lo no yo mismo (conciencia). El «otro» es la interpelación de alguien que viene de más lejos que yo mismo; no es un objeto del mundo, ni un instrumento de mi necesidad, sino un momento de mi «yo». Encontrar su mirada es descubrir una exigencia que irrumpe en el *gheto* de mi suficiencia. La mirada del «otro» es como un relámpago inasequible del todo, que sólo puede explicarse por sí mismo. El «otro», con el que me relaciono, es la huella de lo «completamente otro». No puede ser el término de una necesidad, sino únicamente de un deseo respetuoso: no es posesividad acaparadora, sino bondad generosa.

Yo y el «otro» es como una «unidad que diferencia»

1.3. Por eso, en la relación humana no quedamos apaciguados cuando tratamos al «otro» como un objeto, como sucede con la necesidad. El deseo se hace siempre mayor en un cara a cara con el «otro». La verdadera relación no es ni recuperación ni disolución, sino promoción recíproca entre los términos que se relacionan. Es, diría, Teilhard de Chardin (1), una «unidad que diferencia». De manera que el «otro» es una palabra que viene de más lejos que el mundo y va más allá de mi libertad. En definitiva, «yo no existo más que en la medida en que existo para otro» (Mounier).

2. EL TRABAJO ES UNA RELACION COMUNICATIVA BIFRONTE

Trabajo es igual a relación humana consciente y para la conciencia

2.1. La relación, si es humana, ha de ser constitutivamente comunicativa. A una tal relación la llamaríamos trabajo. Todo cuanto crea y cercena

(1) Cf. Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*.

una relación humana (amar, producir, reproducirse, contemplar) es trabajo; es la grande e inexcusable comunicación.

Ese tenerse entre las cosas, *entre-tenerse*, que es la vida humana, corre siempre el riesgo de convertirse en di-vertimiento (derramamiento); y de aquí a per-vertirse no hay más que un paso que solemos dar con sobrado descaro. Por contra, el trabajo es todo lo contrario de un derramamiento, de una perversión y de una diversión. La doble relación del hombre con la naturaleza y de ésta con el hombre, hace que él se humanice: aprende a conocerse y a conocer su mundo.

Relación de los hombres entre sí y con la naturaleza

2.2. ¿Pues qué es el *trabajo*? A decir verdad, querer definirlo es pretender delimitar al hombre; es como poner lazos a la luna. Mas digamos que el trabajo es la ocupación que encauza una cadena de actividades (todas, felizmente, reconocidas hoy como meritorias), y que conlleva una responsabilidad en tanto que ayuda al mantenimiento de unos valores. Significa, pues, un «provecho» personal y colectivo. Esa tarea tónico-vital que es el trabajo está encaminada a elevar la vida sirviéndose del medio natural no humano y convirtiéndose en una relación mutua entre los hombres y de éstos con la naturaleza. Es una relación en dos frentes, bifronte. El trabajo es el ámbito comunicante por antonomasia.

El trabajo no es sólo sufrimiento

2.3. De la marca de sufrimiento que el trabajo tuvo en todos los tiempos, hasta bastante después de la II Guerra Mundial, hasta hoy, en que prevalece la impronta de ocupación laboral, de bien escaso, de servicio que se presta, de oficio que se realiza o de modo de autorrealización de la persona, va todo un arco iris de simbólicos colores en el que se combinan los sentimientos de angustia y de esperanza, de rencor y de glorificación, de sadismo y narcisismo; todos han entrelazado las manos del hombre.

A través del oficio manual o intelectual, se pueden descifrar unas huellas que asoman apenas hablamos del trabajo. *Primera*, la inseparabilidad entre cuerpo humano y trabajo: no sólo por fatigarse es por lo que el artesano transforma el objeto, también se ahorran fatigas merced a la acumulación de experiencias que prodiga cada gesto laboral. *Segunda*, siendo el trabajo un ejercicio natural, aunque penoso, debe ir acompaña-

lo, como todo acto humano, de un gozo profundo. Pero el gozo del trabajo no es el gozo del rendimiento ni del esfuerzo por el hecho de ser penoso. La dignidad del trabajo no nace del rendimiento ni del esfuerzo que le acompañan: no consiste en hacer de la producción y del sudor una religión, ni siquiera en el trabajo obrero donde había predominado el elemento aflictivo (Mounier).

3. DEL TRABAJO A LA PROFESION

Cuando fui a hacerme el D.N.I. por primera vez, me preguntó el funcionario datos tan íntimos como el nombre, la fecha de nacimiento y la profesión. ¿Profesión?, le pregunté, a mi vez. No tengo profesión. El, acompañándose de palabras malsonantes, me espetó, «pero qué, ¿es que ni siquiera eres estudiante?». ¡Trágame tierra! «Ni siquiera estudiante».

De donde se deducen dos malentendidos: *Primero*, confundir profesión y trabajo. *Segundo*, que estudiar no era un trabajo. ¡Va! Otro tanto acontece con el sufrido cuerpo de las amas de casa para quienes se reservan en el D.N.I. las gloriosas letras SL, sus labores. Curioso: labor significa trabajo duro, pero ni se le considera como tal por los Ministerios de Hacienda, de Educación o de Industria; ¡bueno, ni por muchos maridos! ¡Ni siquiera por las mujeres que dicen haberse liberado, porque trabajan fuera de casa!

¿Cuándo caeremos en la cuenta que estudiar, sobre todo en estos tiempos, es ya doble trabajo? Porque mientras estudio es que no estoy capacitado para trabajar y, además, no sé si encontraré dónde trabajar cuando el Ministerio o la Universidad me expidan el título de capacitación.

Profesión y oficio

3.1. El oficio que uno sabe hacer se llama *profesión*: permite una agilidad y libertad de acción en razón de las destrezas supuestamente adquiridas. Mi profesión puede ser la de arquitecto, pero estoy trabajando como vendedor de joyería.

El *status* y el prestigio acompañan siempre al trabajo que uno realiza. El proceso de profesionalización se corresponde con la creciente división de títulos nuevos con, tal vez, nuevas profesiones.

Pero la creciente mecanización y automatización no han venido necesariamente acompañadas de una correlativa profesionalización, sino de la pro-

liferación de operaciones de rutina y de una estratificación más diferenciada (piénsese, por ejemplo, en el incremento de los colegios profesionales). O sea, que el saber sobre las cosas no va unido siempre al saber hacerlas o manejarlas (2). Ahora bien, el conocimiento preciso de las exigencias técnicas de cada trabajo u ocupación es indispensable para una labor eficiente en los servicios de empleo (unas diez mil profesiones registradas frente a menos de la mitad de empleos). Sin embargo, el trabajo especializado crea hombres unidimensionales: gigantes en algunos saberes, enanos en otros.

4. TRABAJAR Y NO TENER TRABAJO SON TRABAJOS POR EL MISMO TITULO

Trabajar y comer. La maldición bíblica sobre el trabajo es tan individual como social

4.1. El hombre no vive para trabajar, como tampoco para comer ni para ganarse el pan con el sudor de su frente. Ahora ya no se suda: se *stresa*, se hipertensa, se deprime... No es que «el que no trabaja que no coma» (2Tes 3,7): bastante trabajo es hoy el no tener trabajo para, además, no comer. Eso sería el no va más de la opresión del desempleo.

El delito más punible es, pudiendo, no trabajar o escatimar la creación de corrientes de trabajo (3). No es que el que no trabaja que no coma: hoy se come sin trabajar, en Occidente; o se trabaja sin comer, en América Latina y en los camuflados campos de concentración y penitenciarias psiquiátricas; o ni se trabaja ni se come, en Etiopía y Bangla Desh.

Pero no hablamos de esas circunstancias. Es que trabajar reclama: *primero*, desarrollar; *segundo*, progresar con serenidad sin agotarse ni «morir del todo». Porque la supuesta maldición bíblica no recae sobre el hecho de trabajar ni sobre el trabajador, sino sobre las condiciones del trabajo que separan a uno de otro o reducen el uno al otro usurpando la autonomía del hombre sobre la naturaleza, es decir, el señorío, el dominio, el *eritis sicut dii*.

La osamenta de la maldición bíblica es individual y social a un tiempo: *primero*, por comparación con los que no trabajan; *segundo*, por falta de

(2) Cf. J. Ortega y Gasset, *Meditación de la técnica*.

(3) Cf. Juan Pablo II, *Laborem exercens*, IV.18.1.

trabajo para comer; *tercero*, por la sensación de inutilidad, de impotencia, de tiempo no vivido que hacen de él un tiempo sin sentido, un viaje *a ninguna parte*; *cuarto*, por la correlativa ausencia de desarrollo del individuo y de la especie humana. Sin trabajo no hay historia porque no hay vida humana. La historia se ocupa del pasado, pero sólo en cuanto que pervive, es decir, de «la obra viva de los hombres muertos».

Trabajo, ¿necesidad u obligación?

4.2. Por eso, para que todo trabajo tenga *sentido*, ha de bascular entre la necesidad y la obligación. Pero es más lo primero que lo segundo: esto es una consecuencia de aquello y no una imposición. Es el **trabajo** una trabazón urgente y primordial que el hombre gesta en su *consciencia* y con su *conciencia*, es decir, consigo y con el «otro», no con los objetos: esto le embalaría en la deshumanización (4).

El trabajo no tiene por objeto ni la riqueza resultante de los productos del mismo, ni la condición burguesa fundada sobre la riqueza, ni la obra en sí considerada en su cantidad. Sombart ha puesto de relieve justamente que ni Guizot y la ética burguesa, ni Ford y la técnica de la URSS son otra cosa que una puerilidad.

El trabajo tiene destinos más humildes: *a)* representa para cada uno el medio de asegurar su subsistencia y la de los suyos; *b)* es un notable instrumento de autodisciplina y de canalización de la energía humana.

Al ser —decíamos— necesidad primordial, el trabajo se configura como punto de partida: es un «yo» necesitante, moldeador y pregnante de valores que se dirige a una meta, a saber, la naturaleza necesitada, moldeable y preñada de objetos valorados. Reestructurando la naturaleza, el hombre se cambia; al crear se recrea a sí mismo, se siente autor, *aumenta* la vida del entorno, es consciente de su relación y se colma de la alegría de sentirse a sí mismo como *señor, dominador, dueño*, sujeto y no objeto. Se trata de un proceso de doble canalización, la de la ciencia y la de la técnica. O mejor, una sola: el saber que en esta hora es fundamentalmente técnico.

4) Cfr. Juan Pablo II, *Laborem exercens*, IV.16.2. Ver la definición del hombre por el trabajo en K. Marx y F. Engels: *La ideología alemana* (primera parte); también en *El Capital*, Lib. I, 3.^a secc., cap. 7. O en *Esbozo de una crítica de la economía política* (Manuscrito de 1844). Asimismo, E. Mounier: *Revolución personalista y comunitaria*. Edit. ZYX. Madrid, 1975.

Los cangilones del trabajo humano

4.3. Pero el gran esfuerzo de este atardecer del siglo xx no estriba tanto en trabajar cuanto en encontrar trabajo (quienes no lo poseen), o en encontrar «sentido» al trabajo (quienes lo tienen y les sobra). De suerte tal que la *humanización* del trabajo pasa por los siguientes cangilones: *primero*, buscarlo a través de la capacitación; *segundo*, encontrarlo; *tercero*, encontrar el trabajo que se corresponde con nuestra capacitación y aptitudes; *cuarto*, tranquilidad en el trabajo; *quinto*, seguridad o estabilidad en ese trabajo en que me siento realizado y reconciliado, porque —como dice Descartes— al final de su primera Meditación, «El sufrimiento de la inseguridad condiciona la búsqueda de la verdad». De donde se deduce que encontrar trabajo y «sentido» es la urdimbre de la *humanización* de la vida.

La alienación del trabajo «puede llamar dos veces»

4.4. Ahora bien, en el trabajo el hombre puede llegar a ser invadido por el desasosiego ante la propia incapacidad para dominar lo que es precisamente creación suya. Por otra parte, asoma a su conciencia, a borbotones, la inquieta labilidad con que puede perderlo. Parecería como una doble alienación: *primera*, la de una *finalidad* no cumplida (el para qué o significado), es decir, la separación entre el hombre y la naturaleza; y *segunda*, la de *impotencia* (la dirección o significante), es decir, la ausencia de dominio sobre los *medios* (la técnica) que se convierten en fin. En esa línea, R. Garaudy ha hablado de la tecnología occidental como de un monstruo de irracionalidad.

En efecto: el trabajo puede llegar a neurotizarse las relaciones laborales e interpersonales haciéndolas agresivas, desleales y competitivas a toda costa; posesivas y egocéntricas, ansiosas y obsesivas. Ahora mismo, las expectativas del trabajo, la facilidad de perderlo, la búsqueda dilatada del mismo neurotizan a casi todos. Por simpatía, incluso, a los que tienen trabajo. El estigma neurótico del trabajo no es el trabajo en sí, sino su búsqueda y su posible pérdida. Resulta que se ha creado en la sociedad una neurosis colectiva por buscar trabajo al tiempo que las condiciones del trabajo están supurando neurosis.

Fíjense. Esther es una joven auxiliar de enfermera. Varias clínicas y consultas particulares llevan contratándola, pero sólo dos o tres meses, no seguidos, por año. Con el salario de esas mensualidades ha de vivir y

proyectar el resto del año. Ha pasado por varias consultas de psiquiatría y gabinetes psicológicos que, sabidas sus condiciones, según ella, la atienden gratuitamente. Ahora va al Teléfono de la Esperanza. Declara que el 75 por 100 de su malestar es debido a las condiciones de su trabajo. Recurre, en su exposición, a la posibilidad de suicidarse. Ultimamente, declara textualmente: «vengo aquí porque, ya que nadie me da trabajo, quiero yo darles a ustedes de trabajar».

La técnica es «táctica» de la vida y «pro-vocación»

4.5. O. Spengler, sobre el supuesto de que el hombre es un «animal de presa», ha definido a la técnica como la «táctica de la vida». Ahora bien, el tacto, como el péndulo, como el alambre circense, invocan el equilibrio tenso del vivir, el suspenso vital, el sin suelo, haciendo de la táctica una estrategia.

De manera que la técnica ha pasado de ser medio *adjetivo* a ser modo *sustantivo* del trabajo humano, es decir, irrumpe como vértigo de la vida. Y ello, a pesar de que la idea según la cual la máquina es ajena al hombre procede de un desconocimiento de aquélla y de sus potencialidades, más bien que de la estructura de la máquina y del maquinismo (G. Simondon). Pasa por una exigencia de la naturaleza esa entrega que hace el hombre de sus recursos, como también el que el hombre interpele a la naturaleza por medio de la técnica, provocándola: Heidegger habla de la técnica como pro-vocación empleando el término Gestell: el Gestell oculta la verdad en lugar de desvelarla como sucede a la *epistémé-tecné* griega. Porque la técnica moderna fuerza al objeto y con ello lo oculta. Por eso deshumaniza. Si la técnica se confunde con el orgullo de la obra, conduce a la embriaguez de la *voluntad de poder* y tanto como el mero «trabajar por trabajar» que, según M. Scheler, practicó el pueblo alemán un día.

Por su parte, K. Jaspers relaciona el problema del trabajo con el de la técnica. Esta aparece cuando el hombre se dispone a realizar su trabajo que puede ser visto desde tres ángulos: *primero*, como trabajo corporal; *segundo*, como acción de acuerdo con un plan; *tercero*, como carácter esencial y diferenciador del trabajo animal y que hace posible la existencia del ámbito humano: la consideración del trabajo como «comportamiento radical del ser humano» que le unce, no sólo al mundo en torno, sino al propio hombre.

La máquina no aliena al hombre; el hombre, sí

4.6. La máquina, contrariamente a lo que inocentemente se cree, no aliena al hombre; pero éste puede alienarse por medio de ella y, sobre todo, alienar a otros hombres. El poder del hombre sobre el mundo se ha traducido también en poder de unos hombres sobre otros. El piso franco, camuflado, del poder es la máquina. Todo el mundo se queja de él para desahogarse, pero poquísimos saben de su ubicación.

Lo peor que puede suceder al hombre en relación con la máquina es que se le adhieran las marcas escuetas del rendimiento, de la eficacia, del automatismo y del provecho. Galbraith suplicaba a los intelectuales, en particular a los educadores, que fueran capaces de mostrar que el desarrollo tecnológico industrial es poco satisfactorio para la felicidad. Si el hombre es un animal técnico, también está en un aro tal de situaciones que le es inesquivable la decisión de elegir: la de creer en una meta, un destino, un futuro no terminado.

Trabajo es igual a libertad

4.7. El fruto primario del trabajo y la señal de que es creador haciendo al hombre humano, señor, dueño de la naturaleza, es la libertad. R. Ruyer (6) llega a identificar trabajo y libertad. Pero, ¿qué trabajo es libertad? Sólo aquel al que cada uno le da un significado. La obra es importante en tanto es creación del obrador, en tanto en cuanto recibe significación como cosa hecha, pero sobre todo como cosa que se hace: porque el significado no está en la cosa sino en la persona.

La necesidad de elección de medio con miras a un fin distingue el trabajo humano del trabajo de la máquina. Esta adolece de significante, de dirección, de finalidad.

El trabajo, hontanar de valores

4.8. Ahora bien, el tipo perfecto de trabajo es el que no está parcelado en significaciones enfermizas, procedentes de sujetos enfermos de envidia, de autodestrucción de comparaciones extrapoladas. El perfecto trabajo es el dirigido a la promoción de valores: todo trabajo es axioló-

(6) Cf. R. Ruyer, «Metafísica del trabajo» (*Rev. de Métaph. et de Morale*, 53, 1948).

gico. El trabajo que no tiende al valor, alimenta, cuando menos, una implosión del hombre.

El trabajo humano concreto se columpia entre lo físico y lo axiológico, con lo económico como orden intermediario, pero tendiendo siempre a la valoración como a un *optimum*. Libertad, trabajo y valor son intercambiables y corrigen la concepción peyorativa de utensilio hecha posible por el desconocimiento de la impronta axiológica de todo trabajo humano. La razón de intercambio y la de *gratificación* y *gratuidad* se compenetran.

De esa manera, el trabajo no es fardo ni cadena, sino envalentonamiento y dominio, señorío. El trabajo, así, re-crea al hombre, le despoja de inquietud, le da razones de ser-para sí y de ser-para-el-otro.

La tensión que puede acompañar al trabajo crea imaginación, entusiasmo o emoción, responsabilidad previsor, crítica evaluación del *sentido* y del *significado* de la vida; contribuye al crecimiento físico y psíquico, ético y espiritual, individual y social armonioso y equilibrado.

Estudiar es trabajar y reconocer la experiencia del «otro»

4.9. El estudio, no la estancia en la Universidad como pretexto para estar «ocupados en no hacer nada» (2Tes 3,12), es trabajo. Y la urgencia de *humanización* reclamada para el trabajo importan muy mucho al estudio.

El trabajo, aun el más monótono y simple, y estudiar será monótono, pero nada simple, no estriba en una mera relación de materia a transformar con un cuerpo a usar. Toda tarea laboral tiene una impronta social: es un trabajo acumulado en forma de instrumentos amaestrados por la experiencia. En el ámbito individual se pergeña todo un ámbito social sin el que sería incomprensible. Los instrumentos del trabajador, los libros, el laboratorio, etc., no han sido fabricados por el estudiante. La experiencia se puso en juego antes que él. El estudiante aislado por el ejercicio de su estudio, entra en relación con otros hombres: éstos están presentes en el proceso de su trabajo, pero también en su horizonte, como consumidores de bienes de cualquier índole: materiales o espirituales.

Por tanto, más allá del acto individual, hay todo un filón natural, una infirmación histórica, unos componentes sociales y hasta el mismo principio de la división del trabajo «en migajas» y del trabajo enlatado que

es la técnica. Hasta tal punto que el individuo aparece, no tanto como uno de los componentes de la producción, sino como su origen y horma. El paso de la herramienta a la máquina ha sido visto como el momento de una servidumbre del trabajador a su instrumento de trabajo. Sin embargo, la «esencia de la técnica» no es la «aplicación de la ciencia», sino el mostrar que las cosas aparezcan como objetos sin disfrazar (M. Heidegger). Y es esa una tarea patrimonial del estudio.

El estudio es trabajo, ¡y manera privilegiada de trabajar!

4.10. Está claro que el trabajo, y el estudio es la manera privilegiada del trabajo por su proximidad a la consciencia y al señorío que fundamentan su humanización; es una necesidad para el hombre y para la misma naturaleza sobre la que el hombre se yergue (*homo erectus, homo faber, homo thecnicus, homo economicus, homo ludens...*) y de la que, a la vez, se distancia merced a su capacidad autora y creadora. Si no la domina, se sentirá forzosamente dominado por ella; si no la re-crea, se verá objetivado por ella. ¿Cómo olvidar que los entresijos de finalidad, utilidad, dominio o control son el elemento constituyente, nuclear, medular, configurador del trabajo? (Bergson, *L'évolution creatrice*). Al estudio-trabajo le pertenece el privilegio del sentido, de la significación, de la finalidad.

En cuanto que el dominio sobre la naturaleza es progreso y satisfacción de necesidades, no es sino un paso a través de sucesivos niveles de civilización y adopta una mayor complejidad por la vía de la tecnificación (5). Sólo el estudio puede descomplejificar la técnica, y puede hacer que el trabajo sea humano, animando la competencia y liberándolo de la competitividad.

5. CUATRO ANTIPARADIGMAS DE «HOMBRE TRABAJADOR»

He aquí cuatro existencias típicas (7):

Primera: un hombre, gran ejecutivo, con éxito rotundo en sus gestiones. Pero su mujer le ha abandonado. Eso ha modificado su jerarquía de

(5) Cf. Juan Pablo II, *Laborem exercens*, ibíd.

(7) Cf. R. N. Bellah y otros, *The habits of the Heart. Individualism and Commitment in American Life*, Univ. de California Press, Berkeley, 1985. También, M. Gauchet, *Le désenchantement du monde. Une histoire politique de la religion*, Gallimard, París, 1985. (Recensión documentada en la Rev. *Esprit*, nov. 1986.)

valores. Ahora da prioridad a su vida de familia. A poco que le oigamos uno creería que, incluso sus sentimientos de acercamiento hacia los demás, están desprovistos de fundamentos sólidos.

Segunda: un encargado de relaciones públicas en su empresa habita en una pequeña ciudad tradicional. Anda comprometido en el quinto centenario de la fundación. Sueña con reencontrar las tradiciones ya que estima que la vida moderna está corrompida. Viviendo en el mito del pasado aprecia, sin embargo, las ventajas del presente y de la vida privada actual.

Tercera: una señora, psicoterapeuta, «moderna», ha roto con la tradición familiar. Su particular visión del desarrollo de la personalidad implica un conocimiento de sí misma, una gran tolerancia y una voluntad adulta de aceptar las responsabilidades de su vida. Pero cae en contradicción frecuente con sus creencias. No está muy segura de enlazar su desarrollo personal con el de otras personas, en especial su marido y sus hijos, y menos aún con la comunidad política y social de la que inevitablemente forma parte.

Cuarta: un militante de izquierdas, organizador de asociaciones de vecinos. Oriundo de una familia de derechas, se alistó en la Marina, pero cambió de mentalidad... Tras haber abandonado toda religión, se vuelve al catolicismo, encandilado por la «teología de la liberación». A pesar de todos sus compromisos actuales, difícilmente puede explicar lo que entiende por «sentido de justicia».

Diagnóstico

5.1. Los cuatro parecen tener gran dificultad en definir la naturaleza del éxito, la significación de la libertad y del trabajo, y de las exigencias de justicia en el mismo. No sabríamos decir si se mecen entre un individualismo utilitario (persiguiendo el interés propio —dicen—, el bien social emergerá automáticamente) y el individualismo expresivo (la libertad consiste en poder expresarse: exploración del «yo», pero con dimensiones sociales y cósmicas). El lenguaje moral y las imágenes de esta cultura nimbada de individualismos deja su huella en toda la cultura occidental que ve en cualquier compromiso (sea trabajo, matrimonio, vida afectiva o religiosa o política) otras tantas estrategias del desarrollo de la personalidad...

La vida moderna, entre el trabajo y el sinsentido

5.1.1. Los cuatro protagonistas buscan en su vida pública y privada un sentido a su trabajo, a su estudio, y, por tanto, a su existencia. Se preocupan de los demás, pero a duras penas pueden explicar el sentido de dicho compromiso. Al escucharlos sus vidas parecen más aisladas y arbitrarias que lo que a simple vista se muestra. Parece que su binomio fe-cultura ha sido trastocado por el de fe-poder.

La posmodernidad, «cultura de separación»

5.1.2. La ambigüedad de esta cultura nuestra, la de los protagonistas referidos, estriba en que por una parte ofrece una ruptura frente a todo dogmatismo u obligación; por otra, la idealización de una forma de conducir sus vidas de manera fría y calculadora: quiero decir que introducen la gestión calculada en la vida afectiva. Una de las callejas sin salida procede del hecho de que la posmodernidad es una «cultura de separación». (¡Cuando España accede a la posmodernidad, ésta se halla en cuestión!)

Cuando el mundo nos llega en pedazos, sin estructuras globales ni relación fundada entre medios y fines, dejando a estos fuera del alcance de la razón, las cuestiones sobre *significación* y *sentido* no tienen sitio. Hasta la poesía y la religión se han de contentar con emitir protestas privadas. La misma Universidad se reduce a una «multiversidad» en que la educación llega a ser adquisición de conjuntos separados de información y de técnicas útiles; la protesta estudiantil se consolida entre la tozudez de unos y la cagalera de millones brotados como por ensalmo... Por su parte, el mundo de los negocios y el ámbito de lo político, de la cultura popular, de los sindicatos, se aloja en los mismos apartamentos de ese universo fragmentado. Para remate, la televisión brinda sin pudor la imagen de una sociedad atenazada por la concurrencia económica... El refugio único que queda a estos cuatro personajes es el círculo de unas relaciones personales tan cálidas como escasas. ¿Cómo?

Relación curativa

5.2. A grito se reclama una *ecología social* y moral. La primera no se consigue por el mero hecho de desacreditar la guerra, los genocidios o la

represión política, sino también por la erosión de las relaciones que ligan a los hombres entre sí dejándoles solitarios y muertos de miedo.

En cuanto a la *ecología moral*, lo que más precisamos es una integración de fuerzas voluntariosas y gratuitas que desde la benevolencia y el esfuerzo impregnen la vida entera (trabajo, amor, negocios, ocio) de significación. Eso es humanizar el mundo. Me parece que un sádico error puede estribar en haber aceptado una ideología que coloca antes el bien común a nuestro propio bien, como individuos, como grupo, como nación. No podemos hacer el bien sin sentirnos bien, pero sentirse bien significa abrirse de par en par para hacer el bien. El bienestar es sembradura de proyectos afines.

Una transformación adecuada de nuestra manera de ser no puede provenir sólo de los individuos aislados ni tampoco del Estado. Sería tiránico. Habrá que partir de grupos u organizaciones existentes que puedan desarrollar un movimiento social de promoción de perspectivas nuevas sobre el quehacer humano.

Legitimar el trabajo en política porque está en horas bajas

5.2.1. La política, gestión de la cosa pública, está en horas bajas. Si yo fuera especialista en mercado o un Alfredo Fraile, la despoblaría de todo su maquillaje. Al menos la misma palabra «política». Interesa eliminarle ella «cuanto de apariencia o de imagen o de marketing tiene, para reducirlo a gestión pura y simple, sin gastos de representación, sin boato. Serviría, cuando menos, para que los «políticos» empezaran a trabajar con sentido humano. Un consenso ligado exclusivamente a procedimientos correctos en las urnas no parece ya suficiente base para un sistema coherente y eficaz de convivencia. Acaso se le defienda hoy porque cualquier ciudadano occidental bien instalado tema perder sus propias posiciones o adentrarse en un túnel de incómodos conflictos particulares. Pero la política, en cualquier caso, está pidiendo a gritos una conjura humana de desobediencia civil, de objeción de conciencia, de huelgas de brazos caídos, de manifestaciones pacíficas y silenciosas, capaces de provocar una cultura pro humanización. Tendremos que liberarnos de los ingulares graznidos antiéticos del ámbito político (8).

3) La esquizofrenia entre Ética y Política procede de la esquizofrenia entre Política y Pueblo. Se acepta una *Ética de mínimos* a fin de lograr el consenso (en las palabras). Sin embargo, los políticos se apuntan al estilo *light* para perpetuarse en el poder; nos inundan de ideología, que es la forma blanda del terrorismo.

Ni competitividad ni logro, sino servicio social

5.2.2. Una buena medida podría ser la de reducir la sanción ante el fracaso, y la recompensa ante el éxito. Aportaría un gran cambio en la significación del trabajo y del estudio; inyectaría un nuevo sentido a la noción de vocación, ya que el trabajo contribuiría al bien general y no se constreñiría a reducirle a un medio de logro particular.

Todavía más. Si el *ethos* del trabajo fuera menos brutalmente competitivo, entraría menos en conflicto con el plano de la vida íntima, individual y familiar. Daría paso a una transformación cultural, social e incluso psicológica profunda, que no puede provenir de un mero ajuste de las instituciones económicas. Las empresas pertenecerían a la comunidad y la gestión se convertiría en una profesión en el viejo sentido de la palabra, no reduciéndose a la competencia técnica, sino comprendiendo una responsabilidad pública de la que hubiera que dar estrecha cuenta.

Tendencias felices

5.2.3. Pareciera que lo dicho es ideal. Precisamente por eso es posible. Los signos de los tiempos avizoran cambios de actitud en las gentes (desde los seguidores del Zen a los movimientos carismáticos, desde el ideal de la Europa unida al de la paz perpetua kantiana) que merodean para abrirse paso. Y la filosofía más reciente está elaborada desde el sentido de lo ético-social: desde la moral abierta bergsoniana a la fenomenología del encuentro de Levinas o la *razón-esperanza* de E. Bloch y la *teología política* de Metz. Hasta la psicogénesis y la neurobiología están a nuestro lado cuando nos ofrecen los resortes técnicos de la felicidad a partir del autoconocimiento de las neuronas de nuestro cerebro.

Por eso, aun en medio de solidaridades a menudo frágiles y no siempre limpias, se puede admitir que hay, cada vez más, sillares de esperanza que buscan su pareja en el arco humano. A diario se reconoce sin tapujos que hay que rellenar la fosa que separa, en contrapuestos intereses, la vida pública y la vida privada. Las diferentes creencias y las universidades promueven tales tendencias. Incluso aunque la Universidad sea objeto de una larvada presión para que busque resultados pragmáticos aupados en triunfos técnicos y en posibilidades de nuevas carreras. Perc aún quedan voces tan testimoniales como pujantes que mantienen enhiesta la defensa del ideal clásico de la educación como una manera de articular las aspiraciones privadas con las metas sociales.

Las limitaciones de un trabajo que no aporta sino retribución, son evidentes. La amistad ciudadana gana la batalla a la competitividad. Y hasta la experiencia religiosa compartida se torna más fecunda y alegre, la «gracia» más comunicable y la recuperación de la identidad perdida, más cercana. En una sociedad en que lo religioso había extraviado su valor propio, de pronto asoma su carácter esencialmente integrador enarbolado por un hombre harto de *solitariedad*. Se zahonda con afán para encontrar el posible diálogo de *mínimos* (valores a poner en común) hacia unos *máximos*, y que explique la *España por pensar* y plasme la *España por hacer*.

CONCLUSIONES

Primera: Todo lo que está deshumanizado, sea el hombre o la naturaleza, es pura objetividad, descalabro, opacidad, vacío. La vida *posmoderna* se columpia entre el trabajo y el sinsentido, entre la competitividad y el logro, entre el *stress* y la depresión, entre la acumulación y la frustración, entre la producción y el consumo.

Segunda: Muchos hombres vivimos fuera de nosotros, como puras cosas, sin relaciones, sin encuentros, solitarios, desbrujulados, entre *quereres* indecisos. Nos cuesta abrirnos a la llamada posible del «otro». Con habitual desparpajo se olvida que amar es relacionarse y dejarse amar. Ser es amar. Cuando hay dos, aún el silencio es comunicación (Lacan).

Tercera: El trabajo es el lugar del sentido porque es el ámbito de la comunicación por excelencia; es lugar de encuentro de los hombres entre sí y con la Naturaleza (humanizada en la medida en que se la domina y se la reviste de sentido). Es una relación en dos frentes...

Cuarta: El estudio es la parcela humana privilegiada en que el hombre puede conocerse a sí mismo al par que contemplar la naturaleza o el mundo. El estudio es la campana de cristal en que el hombre puede mirar y mirarse, dejándose mirar. La única acumulación justa es la de una experiencia o de la memoria, y sólo se da en el estudio. Su tarea es coordinar, conservar y proyectar. Por eso es el estudio una manera superlativa del trabajo.

Quinta: La técnica es la articulación operativa del trabajo. Por eso es una «táctica» y una «provocación», en el sentido de que clama por la transparencia de los objetos, de la razón *instrumental* y de la máquina. La máquina no aliena al hombre; el hombre, sí.

Sexta: El trabajo es libertad y la técnica su armazón. Todo trabajo es, en su hontanar, fuente de valores. Una ecología social y moral conduce a la reivindicación del trabajo como servicio social antes que como competitividad y logro. Ello supone reclamar la reducción de la sanción ante el fracaso, así como la recompensa ante el éxito.

Séptima: Un modelo de trabajador no es precisamente el hombre político: es el de más pobre estima en el escalafón de la ética. La política está en horas bajas y hay que legitimarla, porque ya no bastan las solas formas.

Octava: Habría que poner en juego las empresas de evaluación y a los expertos en grupos humanos para que nos aliviaran, con una terapia iluminadora, de nuestras parciales visiones de la realidad; para que nos potenciaran a la hora de seleccionar objetivos a fin de construir la unidad del hombre en un mundo habitable.